

Por los pelos

Pero, me lo creyera o no, allí estaban, en mi televisor dominical, 30 morenas a un lado, 30 rubias en el opuesto y 150 hombres para dirimir las espinosas cuestiones que la variedad capilar pudiera ocasionar. Para aderezar el cóctel, contaban con un presentador gracioso, otro que mantenía la dignidad como podía, dos azafatas-florero y dos conocidas bellezas nacionales que amadrinaban sus correspondientes grupos de féminas.

Se suponía que el intrínquilis del asunto era descubrir quiénes gustaban más, si las rubias o las morenas, de modo que las concursantes, imbuidas por la responsabilidad de ser representantes del honor femenino, realizaron todos los esfuerzos por caer simpáticas y llevarse la palma. Sin embargo, el corazón del programa consiste en las pruebas a las que se sometían las chicas.

La primera de ellas ponía de manifiesto su valor: constaba de dos partes. Enfundarse (es un decir) dentro de un bikini, lo que, visto el canon actual de belleza y el mes de enero que galopa, parecía ya una proeza, y soportar a continuación el tacto escamoso de varias pitones colocadas sobre su cuerpo.

De vez en cuando se intercalaban fragmentos de encuesta sobre el poderío de rubias o morenas tanto en la calle como en el plató. Las mujeres defendían su opción a teñirse con una fuerza digna de mejor causa: las razones aducidas eran belleza, dulzura, carácter, alegría, elemento racial, atracción sexual... ninguna de ellas mencionó siquiera la inteligencia. Era lógico, se hablaba de seducción y tradicionalmente la capacidad neuronal no se ha atribuido a la mujer... al menos en esas lides.

Sin duda para combatir ese tópico, la siguiente prueba tenía que ver con la inteligencia, y las dos mozas seleccionadas hubieron de descubrir con el mayor detalle posible cómo se conducía y cómo se respiraba. Las dos chicas no se preocuparon demasiado por desmentir los tópicos.

Las pruebas continuaron, y las tenues insinuaciones lúbricas de uno de los presentadores, así como el intensivo babeo del público, se sucedieron también; tocaba cantar, soportar los envites de un toro mecánico, descifrar el sentido de una camiseta-crucigrama, patinar y estrellarse contra un cristal, un debate en el que se defendían de las afirmaciones masculinas y una ducha final que determinó que las preferidas de los hombres eran las morenas.

No comentaré el sexismo, la falta de gusto, la vulgaridad, la zafiedad del concurso, los recursos fáciles ni el profundo machismo que todos los asistentes, uno tras otro, demostraban. Me quedaré con otro detalle: rubias o morenas, las concursantes que recibían los votos del público eran siempre las más delgadas. El subtítulo del programa es: "Así somos". Que triste verdad.